

han mantenido los diferentes colectivos ante la EpC, y concluye con la denuncia de que en la configuración de la asignatura no se ha contado con el profesorado, siendo además preciso relativizar la excesiva importancia que se ha concedido al contenido de los libros de texto.

En conclusión, nos encontramos ante una obra recopilatoria de un congreso celebrado en plena controversia de la asignatura de EpC, que constituye un instrumento de gran utilidad para el conocimiento de las diferentes posturas que se mantienen ante la EpC, pero también representa una oportunidad excelente para descubrir otras visiones, planteamientos o enfoques de la asignatura, que bien valdrían para abrir un nuevo debate o acuerdo consensuado entre todas las partes afectadas, por cuanto, es evidente, por el contenido de las últimas sentencias judiciales que se van conociendo, que son mayores los errores cometidos que los aciertos conseguidos.

ÁLVARO MARCO DE LA HOZ

*Prof. de la Universidad Rey Juan Carlos*

I. BERCIANO PÉREZ, *Aprendiendo a morir*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2009, 119 pp.

Médico, master en valoración del daño corporal y diplomado en criminología, además de escritor, tiene una afición como el yoga que seguro le ha aportado sosiego para adentrarse en el tema de la muerte que aborda en este libro

Enfoca el contenido del libro desde sus primeras páginas marcándose como objetivo el poder hablar de la muerte como componente básico de la vida, para así «poder desdramatizar en lo posible, lo que no es sino un hecho natural», como nos dice al comienzo y hacerlo con un estilo informal, con humor.

El título *Aprendiendo a morir* puede dar lugar a equívocos, no es un libro de «autoayuda» para ir paso a paso aprendiendo la mejor forma de morir... No es posible decir cual sería la mejor forma de morir, sería casi pretencioso: para uno sería sentado viendo un atardecer y para otro mientras realiza un viaje aeroespacial.

Aunque mirar de frente la muerte era una situación temida hasta hace unos años, de la que no se hablaba... quizá por no «tentar a la suerte», como dicen algunos, en este momento, podemos ya, en cualquier librería encontramos libros técnicos y menos técnicos sobre el proceso de la muerte y el morir, incluso algunas experiencias «valiosas» de personas que han encontrado en el proceso de acercarse a la muerte una oportunidad de «crecer» en la vida.

El autor, en este caso, ha decidido imprimirle un enfoque algo más peculiar, tratando el tema con un lenguaje y estilo más coloquial y algo irónico, en ocasiones, que nos permite leerlo teniendo la impresión de estar «participando» con él en una tertulia con un «cafelito» en la mano, en la que podemos expresar y compartir, o no, opiniones, ya que en cada capítulo nos deja una propuesta de reflexión, como en esos libros interactivos en los que puedes participar e imaginar que dialogas con el propio autor.

Tener presente la muerte mientras vivimos nos da la posibilidad de, al menos tener la opción de vivir la vida con la mayor intensidad y conciencia posible. Mirar permanentemente al sol podría cegarnos, dicen, pero ser conscientes de su presencia

nos hace que vivamos la luz. Mirar a la muerte de frente hace que perdamos algo del miedo que nos produce y podamos mirar de frente a nuestra vida para vivirla de otra manera. Es un circuito que se puede cortar: temer a la vida hace temer a la muerte; negar la muerte nos hace vivir con una imaginaria sensación infantil de eternidad.

En su primer capítulo nos deja entrever que podemos aprender a morir igual que aprendemos a vivir; aunque insiste en que el libro no es un manual de autoayuda (como ya comentábamos antes), cosa que habría sido obviamente irreverente, ya que vivir cada uno su propia muerte es un acto de libertad y por demás «único». Si no existen dos seres humanos idénticos, ¿por qué tendría que haber una única e ideal forma de morir?

En su segundo capítulo nos pregunta, en una forma algo impactante (que hace que uno se detenga en la pregunta para releerla): «¿cuándo estamos muertos?».

Pregunta que responde con un primer enfoque médico al que sigue una reflexión importante sobre cómo diferentes culturas y distintas sociedades tienen su propia denominación de la muerte: desde algunas tribus que tienen incluso vocablos diferentes para diferentes momentos del morir: «poco muerto», «casi muerto», algo que inicialmente puede sorprendernos y que el autor hace equivalente al despliegue de formas de nombrar la nieve que tienen los esquimales. Este capítulo se adentra en un tema actual, universal y que genera tantas discusiones, como es la eutanasia (que más adelante retomará). También nos amplía nuestra, a veces, diminuta visión de lo que creemos, mediante la revisión de otras mentalidades, otras culturas. Me lleva este capítulo a recordar una película (ya demasiado antigua, incluso para clasificarla de un clásico) «la balada del Narayama». En ella se ve con gran belleza y sencillez cómo al llegar a una cierta edad, los ancianos, valorando su estado de salud y para no interferir en la continuidad de la vida de su comunidad, pueden decidir una «buena muerte»: subir al Narayama y dejarse morir allí a través de un proceso de congelación rápida, que parece ser una forma no dolorosa de abandonar la vida. La cultura, el momento social, las reglas de la «tribu», ¡todo influye «tanto» en cómo nos enfrentamos a los grandes enigmas!

En este recorrido de capítulos nos adentramos siguiendo el hilo conductor de la reflexión en la forma de morir y cómo no vivimos igual una muerte imprevista que una muerte anunciada. Cómo cada una nos acerca a nuestro dolor de manera diferente, en un comienzo, ya que en momentos posteriores habremos de vivir en contacto con una multiplicidad de emociones que aparecerán (más pronto o más tarde), se haya producido la muerte de la forma que se haya producido.

Y ¿qué lloramos cuando perdemos un ser querido?, nuestra propio dolor por la ausencia, por el vacío que deja su no presencia. Y, por supuesto, no lloramos igual si lo que estamos llorando es la proximidad de nuestra propia muerte.

Amar la vida y haberla vivido..., «ayuda» a acercarse a la muerte con la aceptación suficiente para no pelearse «contra» ella, hasta el último momento.

En un avance rápido, y siempre quitándole dramatismo, haciendo referencia a algunas experiencias, que nos hacen incluso esbozar una sonrisa, pasa en los siguientes capítulos por una aproximación a la relación de la muerte con la religión, la sociedad y los diferentes rituales que nos ayudan, «a los que nos quedamos» a afrontar momentos difíciles y que nos hacen caminar por un sendero desconocido e inestable hasta que conseguimos integrar en nosotros la pérdida. Perder a un ser querido re-

quiere un tiempo, un proceso, en ocasiones lento, a juicio de «los que lo ven desde fuera». Para comenzar ese proceso es cierto que algunos rituales nos hacen conectar con «la realidad de la pérdida» (primer paso necesario para elaborar un duelo), por ejemplo la elaboración de la esquela, la elección del ataúd, o el más actual ritual de la cremación con el posterior momento en el que la familia se desprende de las cenizas. En este sentido menciona entre otros, un «estilo postmoderno», podríamos decir: la confección de piedras preciosas con las cenizas obtenidas en la cremación.

Cada vez que alguien se enfrenta a una reflexión sobre la muerte, en nuestra sociedad actual, ya sea mediante un análisis intelectual o por algún tipo de experiencia cercana a la misma, es posible que acabe diciendo: «Carpe Diem», nos recuerda el autor. Es demasiado breve la vida para no prestarle atención. Y desde luego, aunque podamos llegar a «sentir» que no tememos nuestra propia muerte, no podemos decir, en general, lo mismo de la pérdida de los seres que queremos.

Y cuando se habla de muerte hay que hacer referencia al «suicidio» como hace el autor, porque «existir, existe...». Después de analizar el sentido religioso y social del suicidio a lo largo del tiempo y en diferentes sociedades, deja clara y valientemente reflejada su opinión: «que cada persona, que cada hombre o cada mujer, decida lo que es mejor para ella, la forma en la que desea afrontar su vida y su muerte. Y que lo haga al margen de las injerencias por parte de la religión, del estado o de las tertulias de televisión».

En los siguientes capítulos hace un repaso por ideas como las experiencias extrasensoriales, la medicina actual, su aportación y en concreto el papel del médico en este punto crucial de prolongar, como él dice «la agonía del paciente» o decidir no hacerlo, lo que nos lleva al tema de la eutanasia o muerte asistida. Va expresando su opinión, que, como todos aquellos que viven y comparten con muchas personas el proceso de morir o de «doler» (duelo), saben, y es que, morir no es fácil en ningún caso y tampoco lo es ver morir. Menciona una frase de Jacinto Bátiz (dedicado a los enfermos terminales), que puede servirnos como una señal que indica un camino: La vida hay que ensancharla, no alargarla. Y al final su reflexión: «la elección es de cada uno, no podría ser de otro modo».

Y por supuesto, siempre que se habla de duelos hay que mencionar a la doctora Kübler-Ross y otros autores que han dejado una huella con sus aportaciones para todos aquellos que trabajamos con las «despedidas». Y nos recuerda la importancia de lo que llamamos la «elaboración del duelo», que no es otra cosa que vivir el dolor de la pérdida de diferentes maneras, hasta que uno consigue integrar la ausencia en la propia vida..., para continuar.

En los últimos capítulos y como, casi esperable, por ser una de las cosas que trae cualquier reflexión sobre morir, aborda el tema del testamento: el testamento vital. Con un matiz «más personal», nos dice cómo él también se ha planteado tres testamentos: el de la herencia económica, el de cómo querría terminar sus días (de no ser consciente para comunicarlo: testamento vital), y el de cómo compartir con el mundo que queda, algo de sí mismo, en el acto generoso de donar órganos que otros pueden recibir para un mejor vivir.

Cierra su libro con un estilo algo más poético, porque la muerte, si podemos mirarla con un poco de distancia tiene algo de poético por sencilla, porque es parte de la vida (como lo es nacer) y algo de «mágico» porque nos deja frente a lo desconocido

preguntándonos como dice él: si la energía ni se crea ni se destruye, ¿qué ocurre con esos «21 gramos de energía que decían los antiguos que pesa el alma que abandona el cuerpo después de morir?». Aunque seguimos sin saber qué hay «más allá», dónde acaba esa energía que se transforma, quizá ¿«incorporándose a otra energía mayor»? Desde luego no es sólo algo difícil de explicar, es ante todo algo que «intuir».

Nos hace este libro dar de nuevo un giro más de tuerca a «esto de morir» habiendo «vivido» y quedarnos con la pregunta de ¿seremos capaces de afrontar nuestra propia muerte como si fuéramos a despedirnos para iniciar un viaje?, un viaje más grandioso que la vida, y desde luego tanto o más desconocido que la propia vida cuando la iniciamos.

ANA LEBRERO

P. BLET, *Pío XII y la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Cristiandad, 2004, 424 pp.

Excelente texto, fruto de una inigualable investigación, del jesuita y profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, Pierre Blet. En efecto, Blet coordinó el equipo de investigadores que preparó la edición de los documentos del Archivo Secreto Vaticano concernientes a la actividad de la Santa Sede durante la Segunda Guerra Mundial.

La historiografía moderna —se nos dice en el prólogo— pasa fácilmente por alto el papel del papado en la vida internacional, o se contenta con vagas alusiones.

En relación con la guerra de 1939, al silencio de la historiografía se añade, desde los años 1964-1965, una oleada de denigraciones sistemáticas de la persona y actividad de Pío XII.

Sobre el Papa Pacelli se ha montado toda una leyenda negra que lo tilda de pro-nazi, antisemita y silencioso colaboracionista. La única manera de exponer la verdad es recurrir a los documentos originales que expresan directa, clara y contundentemente el compromiso del Papa con la causa de los perseguidos.

Así, en la línea del método histórico crítico, por autorización del papa Pablo VI, estrecho colaborador de Pío XII, se autorizó la publicación de los documentos de la Santa Sede relativos a la Guerra.

Los archivos de la Secretaría de Estado conservan los expedientes en los que se puede seguir, muchas veces día a día y, en ocasiones, hora a hora, la actividad del Papa y de su servicio antes, durante y después de la Guerra.

Ese material se ha publicado en los once tomos, en doce volúmenes, de actas y documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra Mundial, que ofrecen al historiador el mejor medio para saber cuáles fueron realmente la actitud y la actuación del papa y de la Santa Sede durante la guerra.

Del estudio de los documentos, sintetizados para esta publicación, sobresalen las iniciativas del papa y de la Santa Sede por detener la Guerra y, desatado el «infierno», los esfuerzos del papa por suavizar el sufrimiento y socorrer a las víctimas.

Además se revelan todas las intensas acciones diplomáticas entre la Santa Sede y las potencias europeas y las entrevistas públicas y privadas del papa con los actores del conflicto.